

Wolfgang Streeck, *Zwischen Globalismus und Demokratie. Politische Ökonomie im ausgehenden Neoliberalismus*, Berlín: Surhkamp, 2021, 538 págs.

Desde la crisis financiera de 2009 la imagen del capitalismo ha sufrido graves daños. Este modelo económico, que tras el colapso del comunismo soviético en 1990 se presenta como carente de toda alternativa, parece haber llegado a sus límites tras una fase de expansión exacerbada. El reputado sociólogo Wolfgang Streeck entona un canto fúnebre a este sistema. En su último libro, *Entre globalismo y democracia*, promete ofrecer “una economía política en las postrimerías del neoliberalismo”.

Streeck atribuye la marcha triunfal del neoliberalismo entre 1990 y 2009 a una determinada figura del capitalismo que denomina “hiperglobalización”. La caída del muro que hacía de frontera entre los dos sistemas en noviembre de 1989 abrió nuevos espacios para fantasías político-económicas de alcance global. La idea de un nuevo orden mundial unificado, *global governance*, ya no parecía una utopía.

Para ello había que servirse de las instituciones que se habían creado después del final de la Segunda Guerra Mundial con el propósito de revitalizar el capitalismo: el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional. Pero estas provenían de un sistema que el neoliberalismo combatiría con éxito tras la crisis energética de 1973: el de un capitalismo regulado desde patrones keynesianos.

Hayek, que ya tras la Primera Guerra Mundial había sido el gran adversario de Keynes, había ideado un modelo de crecimiento para el que la democracia representaba un obstáculo de cara al desarrollo económico. Partiendo de esta noción de la economía, los *Chicago Boys* neoliberales se lanzaron a una guerra social contra los estándares mínimos de regulación del Estado de bienestar.

Según Streeck, en 1974 comenzó una “era de ‘reformas’ neoliberales: desregulación, apertura de mercados, libre comercio, *end of welfare as we know it* (Clinton), menos Estado, más mercado y ‘equilibrios presupuestarios’ sin fin”. El desencadenamiento de las fuerzas de mercado, que se asocia a los nombres de Reagan y Thatcher, resolvió la crisis de estancamiento de Occidente, socavó el pacto de clase del Estado de bienestar y compitió con la economía planificada de tipo soviético hasta llevarla al colapso.

Tras el derrumbe del bloque soviético, el Este ofrecía nuevas posibilidades de inversión, materias primas y fuerza de trabajo. La hegemonía estadounidense reformuló las instituciones internacionales para proporcionar un marco financiero y legal en el que la acumulación ampliada de capital pudiera imponerse más allá de las limitaciones del Estado nación.

Streeck argumenta con perspicacia que, si bien la política neoliberal promete “menos estado”, la lógica de la acumulación capitalista sigue dependiendo del Estado-nación para poder garantizar el éxito de sus políticas. Las crisis de este modelo de crecimiento neoliberal reclaman una y otra vez la intervención del Estado. La crisis del coronavirus ofrece a Streeck un material ideal para poder ilustrar las devastadoras consecuencias de una división internacional del trabajo ampliada.

Los momentos en los que la argumentación de Streeck resulta más convincente es cuando critica la autonomización de la economía frente a las instituciones políticas. Para ello recurre a Karl Polanyi –como casi todos los críticos cultos del neoliberalismo–, que abordó las contradicciones entre economía de mercado y democracia en su influyente libro *La gran transformación*. Sin embargo, la posibilidad de reparar el sistema en el sentido que pretende Streeck, que quiere oponer un Estado-nación forjado en los modelos de Polanyi y Keynes frente a la globalización, depende de condiciones que quedan fuera del análisis de Streeck.

El propio Streeck es consciente de esta debilidad de su texto. Su análisis es sólido cuando se trata de describir la impotencia de las instituciones internacionales existentes, pero se revela débil cuando quiere indicar las posibilidades de volver a encauzar una economía que se ha despojado de todas sus bridas. Streeck disfruta poniendo en evidencia las debilidades del poder de Occidente, que ha de pagar su potencia internacional con una creciente devastación social a nivel interno, que disminuye a su vez los beneficios en tanto que implica un incremento de los costes de la globalización.

Streeck se muestra en plena forma cuando critica a las instituciones europeas, que están dominadas por Francia y Alemania. Su argumentación es la de una especie de partidario del *Brexit* de izquierdas, que realmente cree en serio que puede recuperar el control político volviendo a Estados nacionales supuestamente con los mismos derechos.

Como economista político comprende la problemática del euro, que no puede gestionarse desde el modelo de un ama de casa suaba porque tiene que garantizar el equilibrio entre el norte y el sur de Europa. También en este marco aumentan los costes de la internacionalización, lo que hace que la aspiración de que Europa pueda desempeñar un papel global equiparable al de Estados Unidos y China resulte ridícula.

Streeck pone esto de manifiesto de forma contundente a partir de los esfuerzos por lograr una estrategia de defensa independiente a nivel europeo, que ya se ven

frustrados por los intereses divergentes en política exterior de las dos grandes potencias, Francia y Alemania. Para Streeck, Europa no tiene futuro.

Sin embargo, Streeck se muestra totalmente insensible a las consecuencias políticas de su análisis. Es posible que fuera esa indiferencia lo que le llevara a apoyar el movimiento *Aufstehen* junto con Sahra Wagenknecht. Le gusta poner el término “populismo” entre comillas, mientras que Syriza, Occupy y los chalecos amarillos pueden gozar de su simpatía.

Su tono se muestra tajante contra las “élites liberales de izquierda”, a cuyos ideólogos ubica sobre todo entre las nuevas clases medias. El sociólogo apela a una vuelta a la política de “democracia plebeya”, de la que cabría esperar una “recuperación del control” en el marco del Estado-nación recuperado. Pero, ¿quiere transferir el soporte de este proceso a una clase trabajadora cuyo número se reduce de forma irreversible?

Streeck no parece haberse percatado en absoluto del cuestionamiento de la política democrática por el movimiento del *Make America Great Again*. Su economía política no parece tomarse en serio el ascenso del adversario global, China, cuya prioridad no parece ser una acumulación ampliada de capital. Tener un amplio conocimiento en materia económica no basta para protegerse de la estupidez política.

Detlev Claussen